
Omraam Mikhaël Aïvanhov

LA PEDAGOGÍA INICIÁTICA

*

1a edición



Obras completas – Tomo 27

EDICIONES PROSVETA

I

¡ Hay que instruir primero a los padres !

I

Lectura del pensamiento del día :

“Para mejorarlo todo en vuestra existencia, para renovarlo todo, resucitarlo todo y caminar hacia la inmensidad, debéis consagraros a la idea de la colectividad. Y no me objetéis que tenéis una familia y unos hijos que os impiden hacerlo. Es precisamente lo contrario, la idea de hacer un trabajo para la colectividad es la que os ayudará a educar a vuestros hijos: ellos os admirarán y os seguirán, porque seréis un modelo para ellos.

A menudo los padres se sienten mal porque sus hijos, inconscientemente, les reprochan haberles educado de una manera demasiado mezquina, no haberles mostrado el camino de la grandeza, de la luz; sólo pensaron en mejorar el confort material de sus hijos, sin hacer nada para desarrollar su espíritu, que se ahoga y se rebela. Los padres no son, evidentemente, los únicos culpables, pero tienen una gran parte de responsabilidad.

Cambiad, pues, vuestro punto de vista, consagraos a este trabajo colectivo y todo se arreglará en vuestra vida. Los seres tienen necesidad de un alimento espiritual, y sólo os apreciarán en la medida en que seáis capaces de dárselo.”

Muchos de vosotros se preguntan por qué, siendo pedagogo, os he hablado muy poco de la educación de los hijos.

Todos los pedagogos se ocupan de los niños, y yo soy una excepción. ¿Por qué? Porque pienso que hay que empezar por instruir a los padres.

Yo no creo en ninguna teoría pedagógica, creo solamente en el valor del ejemplo. Por eso nunca he querido hablar demasiado sobre la educación de los hijos.

Si los padres no hacen nada para mejorarse a sí mismos, ¿cómo harán para mejorar a sus hijos? Se les habla a los padres de la educación de sus hijos como si ellos mismos ya estuviesen preparados. Como ya es un hecho que ya tienen hijos, se considera que ya están preparados. No, no lo están, y es a ellos a quienes hay que educar primero, a quienes hay que enseñar cómo deben conducirse para que su ejemplo se refleje después en sus hijos. Sí, pero, como no conocen mi programa, me critican: “¿Pedagogo? ¡Qué va! No es pedagogo, ¡nunca habla de la educación de los niños!” Es porque no han visto cómo trabajo yo. Por otra parte, os lo aseguro, mientras los padres no estén a punto, por mucho que se les den las mejores explicaciones pedagógicas, éstas no servirán de nada; al querer aplicar estas nociones sin haberlas comprendido, harán mucho daño a sus hijos.

Todos quieren tener hijos, sin preocuparse de saber si verdaderamente cumplen las condiciones necesarias para ello. ¿Tienen buena salud? ¿Tienen medios materiales? Y, sobre todo, ¿tienen las cualidades necesarias para poder ser un ejemplo para sus hijos, una seguridad, un apoyo en todas las circunstancias de la vida? No piensan en todo eso. Traen hijos al mundo y estos hijos crecerán solos, se espabilarán solos, trabajarán y, un día, traerán a su vez hijos al mundo en las mismas condiciones deplorables que han conocido sus padres.

Siempre me ha asombrado ver a tantos chicos y chicas que piensan en casarse sin prepararse para su futuro papel de padres y madres. Ante ciertas chicas jóvenes encinta, uno piensa... ¡una niña que lleva a otro niño! Se les ve en la cara: son niñas. ¿Qué queréis entonces que resulte? Es preferible no traer hijos al mundo hasta que no estén preparados, porque, si no, os lo aseguro, lo pagarán muy caro. Si tantos padres son desgraciados y están preocupados a causa de sus hijos es porque ellos mismos no estaban a punto cuando los trajeron al mundo. Que se preparen, y luego estos hijos les darán de todo, riqueza, gozo, y se sentirán orgullosos.

Diréis: “Prepararse... ¿Pero cómo prepararse?” Prepararse es tener unos pensamientos, unos sentimientos, una actitud, que atraigan a la familia a genios y divinidades. No es por casualidad si tal o cual niño nace en una familia determinada. Consciente o inconscientemente – la mayoría de las veces inconscientemente – son los padres quienes lo han atraído. Por eso los padres deben llamar conscientemente a seres excepcionales, porque pueden elegir a sus hijos. Sí, esto es algo que la mayoría de la gente no sabe.¹

Hay que revisar todo, pues, desde el principio, y el principio es la concepción de los hijos. Los padres no piensan que deben prepararse antes de la concepción, durante meses, años, ¡y conciben un hijo una noche, después de una cena copiosamente regada! Éste es el momento que escogen, ¡si es que se puede decir que lo han “escogido”! Podían haber decidido esperar a un momento de paz, de lucidez, un momento en el que hubiese entre ellos una gran armonía. Pero no, esperan a estar excitados por el alcohol, fuera de sus cabales, ¡y en este estado magnífico conciben un hijo! ¿Pero qué elementos creéis que introducen en él? Un niño que viene al mundo cargado con semejantes

elementos no puede ser otra cosa que la primera víctima de sus propios padres. Así que, ¿a quién hay que instruir ahora? Yo os digo que no es a los hijos, sino a los padres.

Una vez que los padres hayan comprendido lo esencial que deben comprender para estar a la altura de su tarea, os aseguro que sabrán cómo deben conducirse con sus hijos. Y lo esencial que deben comprender es lo que os digo todos los días en mis conferencias. Primero hay que educar a los padres, y después será muy fácil con los hijos, porque los niños son muy flexibles, muy maleables, y todo lo que hacen los padres se refleja en ellos. Por eso, el primer consejo que les doy a los padres es que presten atención a sus pensamientos, a sus sentimientos, a sus actos.

En este pensamiento os decía que los padres deben pensar, ante todo, en despertar el espíritu en sus hijos y dejar el confort, el bienestar, en segundo lugar. Despertar el espíritu en los hijos es darles el ejemplo de una verdadera vida espiritual. No basta con enviar al niño a la escuela, aunque sea la mejor. Si, en casa, los padres no cesan de dar al niño el espectáculo de sus disputas, de sus mentiras, de sus deshonestidades, ¿cómo pueden imaginarse que van a educarlo? Se ha observado que un bebé puede caer enfermo y manifestar trastornos nerviosos como consecuencia de las disputas entre sus padres: aunque no las haya presenciado, estas disputas crean a su alrededor una atmósfera de desarmonía que él siente, porque todavía está muy unido a sus padres. El bebé no es consciente de ello, pero su cuerpo etérico recibe los choques.

Los padres deben tomar conciencia, pues, de la responsabilidad enorme que tienen con respecto a sus hijos y estar vigilantes. Puesto que han invitado a almas y a espíritus a

que vinieran a encarnarse junto a ellos, tienen el deber de ser modelos. Todavía no son suficientemente conscientes de esta responsabilidad que tienen de ofrecer, de presentar y de mantener una imagen ideal ante los ojos de sus hijos. Porque éstos, instintivamente, inconscientemente, lo observan y graban todo, y un día serán el reflejo del comportamiento de sus padres. Los adultos no tienen derecho a invitar a espíritus a que vengan a encarnarse si ellos mismos no están a la altura de su tarea. ¡Cuántos padres ignorantes se están preparando deudas enormes, porque creyeron que bastaba con traer hijos al mundo, sin preocuparse de las condiciones en las que crecerían! Pero todos encuentran esto normal: hay que hacer venir a los hijos, les alimentarán, les albergarán, les pegarán, y eso es todo. Estos padres no han aprendido nada, no han comprendido nada, transgreden muchas leyes y se preparan un futuro deplorable.²

Veo a algunos padres conducirse de una forma tan inverosímil que no puedo dejar de preguntarles: “Pero, bueno, ¿es queamáis a vuestros hijos?” Están indignados: “¿Cómo? ¿Que si amamos a nuestros hijos? ¡Evidentemente que les amamos! – Pues bien, yo no lo creo, porque, si les amaseis cambiaríais de actitud, empezaríais a corregir en vosotros ciertas debilidades que se reflejan muy negativamente en ellos. Pero no hacéis ningún esfuerzo, ¿es esto vuestro amor?”

Quiero hacer comprender a los padres que no deben traer hijos al mundo sólo para dar salida a este instinto atávico de procreación. Este instinto existe, claro, pero debe ser comprendido de manera más espiritual; el pensamiento, el alma, el espíritu, deben participar en este acto para que el niño sea conectado con un mundo superior. En la mayoría de los casos los humanos se contentan con la bestialidad: comen, beben, procrean como

los animales, no hay nada espiritual en sus actos. El amor, eso no tiene ninguna importancia y puede ser reemplazado por lo mecánico, porque lo que cuenta es el placer. Son dos aparatos, dos máquinas que se abrazan, y no hay ningún sentimiento. El alma se va, el amor se va, y esto es muy grave.

¿Queréis que me ocupe de los niños? No, primero me ocupo de vosotros y, al ocuparme de vosotros, indirectamente me ocupo de los hijos que ya tenéis y de los que un día tendréis.

Bonfin, 5 de septiembre de 1978

Notas

1. *¿Qué es ser un hijo de Dios?*, Col. Izvor nº 240, cap. XIV: “Poblar la tierra con hijos e hijas de Dios”.
2. *El amor, más grande que la fe*, Col. Izvor nº 239, cap. VIII: “Si no os volvéis como niños...”